Contadme la historia de un soldado y os contaré la historia de todas las guerras

José Manuel Mayordomo Rubio

Siempre me ha fascinado la historia, sobre todo la historia de las personas corrientes que han participado en los grandes hechos históricos, pero que luego son olvidados. En los libros generalmente sólo aparecen los nombres de los grandes personajes, y el dolor y la esperanza de los hombres corrientes que participaron en el torbellino de la historia se pierden en una oscura noche sin amanecer

Un poeta escribió:

Los faraones construyeron las Pirámides. ¿Acaso acarrearon ellos las piedras?

Julio Cesar conquistó las Galias. ¿No llevaba ni siquiera un cocinero?

Felipe II lloró la pérdida de la Armada Invencible. ¿Sólo lloró él?

Anselmo Mayordomo.

Siempre cito este poema por lo que tiene de reivindicación de las personas corrientes. Y con este pequeño relato yo quiero hacer algo parecido, reivindicar el papel que tuvieron nuestro padres y abuelos en la terrible historia que les tocó vivir, a su pesar, en la tragedia que significo la Guerra Civil.

El tema de nuestra Guerra Civil, con toda su controversia, que desgraciadamente hoy en día aún está lejos de concluir, ha sido uno de los que más me ha interesado. Quizá porque en mi entorno familiar siempre estuvo presente, pese a que no se hablase ni una palabra, pero la realidad es tozuda y allí estaba la pierna amputada de mi abuelo Gorgonio para, pese al silencio, gritar que en un tiempo lejano algo tremendo ocurrió. Todo mezclado con palabras que no siempre entendía: "Rojos" y "Nacionales".

Ya de adulto estudié el tema, leí libros, vi documentales y asistí a numerosas conferencias de especialistas. Sin embargo, la mejor lección no la aprendí de ninguno de estos eruditos, sino, ¿quien me lo iba a decir a mí?, de un hombre corriente de Masegosa, el tío Anselmo. Esta es la historia:

Una tarde me encontré en la calle al tío Anselmo, estaba con alguien más que no recuerdo, y yo también me uní a la charla. No hace falta que diga la facilidad de palabra que tenía el tío Anselmo; ese hombre tenía madera de escritor y poeta, y de los buenos.

En el curso de la conversación salió el nombre de mi abuelo Gorgonio, con un dato que desconocía: que habían estado en el mismo batallón en la guerra (el del famoso Comandante Galán, hermano del fusilado capitán Galán en el levantamiento de Jaca), en el frente de Guadarrama, y que mi abuelo había enseñado a leer y escribir a alguno de sus compañeros. Su destino se separó cuando sortearon a 7 hombres de cada compañía para ir al llamado "Ejercito de Maniobra", las tropas de choque, para cubrir las grandes perdidas que tenían. *Tu abuelo tuvo mala suerte*, dijo, *su nombre fue el primero.*

A partir de aquí empezó a contar con todo detalle sus vivencias en aquellos desafortunados años:

Verás, José Manuel, yo estaba en el pueblo (ahora no recuerdo si dijo de permiso o recién licenciado), cuando estalló la guerra, y me movilizaron de inmediato, llegué a Madrid y me mandaron al Cuartel de la Montaña. El cuartel había sido tomado por los milicianos, y el caos era enorme. Sangre por todas partes, me impresionó ver charcos de sangre en los huecos de las escaleras, eso era porque había oficiales sublevados que se escondieron allí, y allí mismo los mataron; luego se cuenta eso de las muertes heroicas gritando Viva España, pero la realidad es que el miedo es siempre igual, y que cada cual trata de salvarse. En el cuartel encontré a tu tío Pedro, (se trataba de Pedro Mayordomo, el hermano de mi abuelo Tomás),

El "Guernica" de Picasso. Reproducción en taracea de Miguel Ángel Rihuete.

y en esos momentos, como paisanos, nos hicimos compañía. Encontramos una marmita con chorizos debajo de una cama, teníamos hambre, y después de vencer el miedo de si estaban envenenados o no, nos los comimos, y bien ricos que estaban. Al rato un miliciano paso por allí y grito: "¡Tabaco, hay tabaco!, el que quiera que baje al patio y se le dará una ración".

- Vamos a por tabaco, le dije a tu tío Pedro.

- ¿Para qué –respondió este– si yo no fumo?

- Yo tampoco, pero si nos dan, bueno es.

Total, que bajé y nada más bajar me di cuenta de que me la habían jugado. Nos hicieron formar y nos subieron en camiones, y ya no volví a ver más a tu tío Pedro durante la guerra. Íbamos derechos al frente. "Cuantismo" me pesó aquello, yo que no fumaba.

En los camiones teníamos una cara de susto que para qué, la mayoría ni nos conocíamos. Llegamos a la sierra de Guadarrama, a Buitrago de Lozoya, y ya se oían cañonazos. Nos hicieron bajar. Estando en la plaza llegaron camiones de la sierra y se me ocurrió acércame a curiosear, llevaban una carga, pero estaba tapada con lonas. Se me ocurrió levantar una y, chico, se me revolvió el estómago, de poco me desmayo, estaba lleno de muertos. La cosa iba en serio. Nos dieron un fusil y munición, y el oficial nos dijo que íbamos a atacar; nos desplegamos en guerrilla.

"Adelante, a la batalla hay que ir derechos, las balas pasarán alrededor", decía el oficial, pero yo le digo que a la guerra hay que ir reptando como las culebras, como hacía yo.

Los que sí se lanzaban así eran los de la Milicia; claro, los segaban como si fuera trigo.

Yo me parapeté tras una roca, y las balas pegaban en ella si hacías cualquier intento de moverte; allí estábamos tres. Solo cuando llegó un camión blindado con una ametralladora en el techo giratorio pudimos movernos; les lanzó un chorro de balas a los fascistas y pudimos avanzar. "Qué día aquel, no te hacían falta lavativas".

Yo estaba como hipnotizado oyendo este relato del tío Anselmo, consciente de que estaba asistiendo a la mejor explicación de nuestra historia de la guerra, mejor que esos relatos impersonales que sólo hablan de grandes cifras económicas, de la democracia, el fascismo, el comunismo, y que al final te hacen ver la historia como algo lejano e impersonal. Me recordaba la frase que dijera un filósofo griego hará más de dos mil años:

"Contadme la historia de un soldado de infantería, y os contaré la historia de todas las guerras"

Llegó la noche y con ella la calma para los que estábamos vivos, cavamos trincheras y en ellas dormimos, a la intemperie, amontonados. Cuando me desperté por la mañana me encontré con que alguien se había cagado en la trinchera y mi capote se había restregado en la mierda, y cualquiera lo tiraba, no tenía otra cosa, tuve que restregarlo con arena, no había nada con que lavarlo. Sí, José Manuel, eso es la guerra, Miedo, Muerte, Mierda, las tres M que siguen a todo soldado.

El resto de los días fueron parecidos. Estuve tres meses con la misma ropa; cuando nos la cambiaron se caía a cachos, de mugre y piojos. El frente se estabilizó y ya no participé en más batallas importantes. Cuando Brunete, me llevaron para la batalla, pero cuando llegamos había acabado, y no entré en combate, lo que fue una suerte, porque los que combatieron allí volvieron medio locos, eso los que volvieron. Me dijeron que más de 1000 hombre estaban entre las alambradas, y sus cuerpos comidos por las moscas.

Esto concuerda con lo que he leído yo sobre Brunete. El Ejército Republicano, con pocos medios, fue devastado por los ataques aéreos de la Legión Cóndor, (la aviación alemana), que en la meseta castellana desnuda cazó a los soldados republicanos como conejos.

No por no estar en grandes batallas el peligro era menor, José Manuel, el enemigo estaba en frente, a pocos metros, y raro era el día que no había muertos o heridos por bombardeos o francotiradores. Un día salí de un refugio, al rato hubo un bombardeo, el refugio fue alcanzado, murieron todos. Pero la peor muerte que vi fue cuando un compañero estaba tranquilamente escribiendo una carta a su novia, de repente una bala

le alcanzó en la garganta y murió ante mis ojos, horriblemente, tragándose su propia sangre. Cada minuto podía ser el último. Un día un oficial me acusó de desertor por llegar tarde de un permiso, pero yo tenía permiso para ello. El oficial me dijo "póngase firme que le voy a pegar cuatro tiros", y yo allí, firme frente a un enfurecido superior con una pistola en la mano que podía hacer conmigo lo que quisiera. Eso no se olvida nunca.

Afortunadamente llegó el fin de la guerra, habíamos perdido, nos desarmaron y nos llevaron a un campo de concentración. Tuve suerte, me liberaron pronto. Me dieron un salvoconducto y llegué a Cuenca en tren, de allí andando hasta Masegosa. ¡Qué alivio, por fin todo había acabado!

Creo que este viaje lo hizo con mi abuelo Tomas, hermano de Pedro Mayordomo. En ese viaje de regreso del infierno se fraguaría entre ellos una gran amistad que duraría hasta el final de sus días, compartiendo manta y camino en la dura lucha por sobrevivir en la empobrecida España de posguerra, cambiando aceite y trigo y siempre expuestos a las requisas y multas de la Guardia Civil, pues estaba prohibido, pasando penalidades y peligros, como cuando el tío Anselmo cayó al río Tajo y fue rescatado "in extremis" por mi abuelo . *Si no es por tu abuelo Tomas no lo cuento*, dijo el tío Anselmo. Pero en fin, esta es otra historia.

Fui afortunado, José Manuel, regresé entero a pesar de estar desde el primer día de guerra. Tu abuelo Gorgonio no lo fue, en la toma de Teruel perdió la pierna. Y en cuanto a Pedro, lo vi en el pueblo, pero las penalidades de guerra y el campo de concentración lo habían dejado muy enfermo y murió al poco de regresar.

Al rato estábamos hablando de otro tema, con toda naturalidad, y después cada uno siguió su camino. Pero ya cuando marché era consciente de que ni siquiera en mis años de universidad ningún catedrático me había dado una clase tan magistral como esa, porque el tío Anselmo no sólo me había explicado la historia de una miliciano de la Republica, sino que me había contado la historia de nuestra guerra, la historia de todas las guerras. La historia de todo hombre que en un momento de su vida esta sólo ante la muerte, sin más compañía que el sudor frío que le recorre el cuerpo y el estomago revuelto, ese momento descrito sin grandes frases, con toda sencillez: "*no te hacían falta lavativas*".

Sentí admiración por esos hombres, de uno y otro bando, que superaron esa tragedia y sacaron adelante a sus familias y, en general, convivieron con sus vecinos con armonía, y a pesar de una posguerra cargada de odio, ellos no lo tuvieron, porque por encima de todo se consideraban "hijos de Masegosa", y esa es una lección que no debemos olvidar.

Ninguno de los protagonistas de esta historia está ya con nosotros, y a ellos quiero dedicársela. También al nieto del tío Anselmo, José Antonio Hidalgo Mayordomo, que tampoco está con nosotros, con el que tantas veces hablé de temas históricos, como hombre culto que era, y al que siempre consideré mi amigo cs